

y de qué manera; en dónde se justifica TUMBAR MONTES, y con qué finalidades, qué porciones se dedican a tales o cuáles cultivos y cómo deben efectuarse dichos cultivos, etc. Dejar todo esto a la iniciativa individual, implicaría un movimiento lento evolutivo en este sentido, y el país no puede esperar más, sin qué comer, importando abastos y dañando bosques para lograr momentáneamente un pan poco nutritivo, escaso, caro y a expensas de la estabilidad de la nación, como entidad que pueda tener razón de ser.

NOTA: Acogemos como editorial en la presente entrega de nuestra Revista el importante artículo: "TRABAJAMOS LA TIERRA SIN ORIENTACION", de que es autor el doctor Juan de la C. Posada, destacado hombre de ciencia, quien enfoca con admirable sentido práctico los problemas nacionales. Este interesante comentario del Dr. Posada lo hemos tomado de "El Colombiano", de fecha 17 de agosto.

La Universidad y la Técnica

Por Alvaro Chaparro G.
de la Facultad de Agronomía

Como el universitario mira el conjunto de los problemas colectivos preferentemente desde el punto de vista de su profesión, desde la mía, la agronomía, haré lo propio, esforzándome sí por no pecar por unilateralidad de criterio. Y como las inquietudes universitarias no deben ser otras que las de la época que se vive, y como en mi parecer el carácter dominante de nuestro tiempo es la aplicación de la técnica en todos los problemas de la realidad, trataré de enfocar, someramente y hasta donde alcanzo, el problema de las relaciones de nuestra universidad con la técnica que el país pide a gritos, como indispensable para una sólida organización nacional.

I—LA DUALIDAD DE AYER

Elevada es, sin duda, la tradición de la Universidad en Colombia. Ella ha sostenido el fervor por los principios democráticos que informan nuestra vida colectiva y ha alimen-

tado siempre ese prestigio académico y civilista que nos ha caracterizado. Pero quizá también —y esto ha sido motivo de críticas y acres comentarios de parte de muchos individuos autorizados— ha existido una dualidad entre el mundo universitario y el ambiente desnudo y crudo de la realidad colombiana. Una especie de abismo se abrió desde un principio entre la universidad, sus inquietudes, sus orientaciones y sus glorias académicas, y el mundo de nuestras gentes, en su mayoría campesinas, que a puro músculo y con un espíritu colectivo ejemplar, se dieron a la tarea de dominar el ambiente geográfico y echar las bases de una economía auténtica y nacional. Esta ha sido, en mi sentir, la raíz de todos los males que se han anotado a la universidad y la razón de su fracaso cuando a los problemas palpitantes de la realidad del país le ha tocado hacerle frente. Mientras en el siglo pasado, y aun en el presente, las gentes campesinas de Colombia abrían trochas y caminos, extraían rudimentariamente el oro de las minas y, sin elementos, sin técnica, sin organización y sin estímulos bien conducidos, en medio de un ambiente económicamente colonial, arraigaban la industria cafetera, explotaban la quina y el caucho, extendían el tabaco en lucha constante con los agentes del gobierno, estructuraban una industria de caña de azúcar, luchaban por extraer la subsistencia personal y nacional de los aromáticos granos del cacao, reemplazaban montes y selvas por dehesas y ganados y erigían las espigas del maíz como emblema auténtico de su vida colectiva, mientras tanto, digo, la universidad se encastillaba en altas y meticulosas consideraciones sobre extraños y complicados problemas.

El contacto de las gentes con la universidad apenas se establecía cuando el hijo del campesino lograba incorporarse en ella, en un mundo tan diferente del de los suyos, o cuando los universitarios, por elemental llamado revolucionario de sus mentes y de su sangre, unían sus gritos de rebelión a los gritos de los campesinos en los campos de las guerras civiles, después de las cuales, sin haber logrado nada práctico, retornaba la universidad a su castillo de marfil, y el campesino, más pobre y agotado, sin armas de lucha, volvía a su terca brega por subsistir, por crear riqueza y por incorporar sus esfuerzos al patrimonio nacional.

En esas condiciones nos sorprende el vertiginoso impulso del mundo contemporáneo.

2.—LA UNIVERSIDAD EXTRANJERA INTERVIENE

El país se sentía llamado poderosamente a un engrandecimiento nacional. Sentíase rico en metales preciosos, en petróleo y en carbón, puntales del actual poderío extranjero, en ríos navegables llenos de invaluable energía potenciales, en extensas costas marítimas comercialmente estratégicas, en climas variados, en bosques de incalculable valor y en extensos y fértiles suelos en los que el solo músculo del campesino lograba extraer algo que nos diera autenticidad de nación libre. El país se angustiaba en ese llamado suyo a la creación de una riqueza propia y volvía los ojos a donde era más probable encontrar eficaces armas de lucha. Volvía los ojos a la universidad. Pero ella continuaba encastillada, ajena a su llamado, desorientada de sus deberes reales y quizá ignorante de lo que con tanta insistencia y urgencia se le solicitaba. Entonces quizá el pueblo colombiano sintió una decepción dolorosa y una honda y desoladora impresión de la inutilidad de los organismos que con tantos esfuerzos y esperanzas sostenía. Y aún más honda fue su decepción cuando del seno de la universidad, en lugar de salir la fórmula práctica que esclareciera y enrutara sus inquietudes, se esparcía, muy al contrario, la politiquería, el engaño público y la explotación inescrupulosa de sus aspiraciones.

La universidad no respondió al llamado urgido del país. Informada en rígidos y agresivos principios individualistas y en la idea de que el país, con su riqueza potencial, se desarrollaría mejor por sí solo, sin necesidad de tocar la susceptibilidad de nadie, dejó que las cosas marcharan por propio impulso, sin cuidarse de la ventaja que otros países alcanzaban sobre el nuestro en su desarrollo económico y sin prever las graves consecuencias futuras de su inercia y de su pasividad. Era necesario buscar lo que se necesitaba en otras partes, en otras fuentes extrañas. Entonces volvió los ojos a la universidad extranjera. Allá había un criterio y una orientación diferentes a las armas que repartía a sus beneficiados no eran, ni mucho menos, un academismo rum-

boso y ladinas maneras de politiquería y de demagogía. Allí la universidad correspondía exactamente a la imperiosa necesidad del mundo y de los países, de labrar el bienestar de las gentes. La agricultura tomaba impulso, como industria básica y nutricia, y se encarrilaba por senderos racionales, de aplicación de la técnica cada día más perfeccionada y de uso práctico de los principios de las ciencias contemporáneas, como la botánica, la química, la física, la mecánica, la economía, etc. El campesino extranjero, en los países más avanzados, no era un paria nacional. También el subsuelo, lleno de riquezas, encontraba la ayuda de la técnica en la explotación de los metales preciosos, del petróleo y del carbón, y de otros valiosos minerales. Lo mismo la industria, que se hacía gigante y se perfeccionaba todos los días, pues los técnicos impulsaban su marcha y aceleraban su proceso. El comercio, además, crecía rápidamente, y las vías de comunicación, construidas con el criterio del mayor rendimiento económico para el país, impulsaban ampliamente la riqueza de las naciones.

Nuestro país solicitó esa técnica extranjera, convencido de la inutilidad de buscarla dentro de su universidad. Desde entonces nadie creyó en una técnica nacional propia, y era víctima de mofa y desconfianza quien tenía la audacia de desviarse de los rumbos tradicionales de nuestra universidad. Pero la ayuda de la técnica extranjera fue una nueva decepción, no en su efectividad práctica en la explotación de nuestras riquezas, sino en cuanto que traicionó los anhelos nacionales de crear riqueza propia y en beneficio propio. El técnico extranjero, distinto en su índole y en sus costumbres al carácter nacional, con ansia de lucro rápido y voluminoso, agente de poderosas compañías extranjeras de países imperialistas, con un agresivo aire de superioridad y a quien nuestras gentes atribuían poderes extraordinarios, se dedicó a explotar la riqueza del país, mientras éste veía con dolor que ella salía inmediatamente a alimentar otras economías, traicionando su anhelo de bienestar y engrandecimiento nacional. Comenzaron a salir, a rodo, el oro, la plata y el platino, las piedras preciosas, el petróleo, el caucho y el banano, sin que eso nada significara de positivo para el país, mientras restaba sólo el desamparo, la

miseria y la extenuante decepción por lo que la nación consideraba una traición a sus destinos.

Después alumbra una nueva etapa, la del presente y la del porvenir, que se fragua sobre la base de una dolorosa experiencia nacional y sobre los problemas y las inquietudes que actualmente agitan al mundo.

Pero esto ha de ser motivo de otro ligero comentario en esta tribuna de inquietudes universitarias.